





LA INOCENCIA
DE LAS SARDINAS



Etxenara Mendicoa

LA INOCENCIA
DE LAS SARDINAS



Primera edición: febrero 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Etxenara Mendicoa

© Fotografía de solapa: Aurelio Tosta

ISBN: 978-84-17548-70-4

ISBN digital: 978-84-17548-71-1

Depósito legal: M-3405-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Pedro Gonzalo Iriarte Merentes,
a sus antepasados y descendientes.
Durante la preparación de este libro murieron dos diablos
mayores, Roberto «Robin» Izaguirre y Norberto Iriarte.
Ambos colaboraron con la investigación previa, me recibieron
en sus casas y me sentaron con sus familias
para entender lo que era ser un diablo.
A ellos dedico este trabajo.*



Yo me enamoré de noche, ay, Carmela,
yo me enamoré de noche, Carmela, oh,
y la luna me engañó...
(Fulía popular de Cruz de Mayo, folclore venezolano)



CERO

Para entendernos, para entenderlo todo, hay que empezar por el principio, y al principio de todo cuanto se pueda contar estaba el cacique Naiguatá. Dicen que se llamaba Naiguatar, pero la fuerza del tiempo hasta el nombre le cambió. Era primo de la famosa cacica Isabel y el mestizo Francisco Fajardo. Estamos hablando de principios del siglo XVI, cuando aquí todavía estaban repartiendo leña entre dos bandos: por un lado, los españoles para lograr la conquista de los territorios descubiertos, y por el otro los aguerridos, sanguinarios, crueles —¿acaso hasta caníbales?— nativos caribes defendiendo sus familias. Que no son indios, recuerden, esto es América. Son indígenas o nativos.

Peleaban Guaicamacuto, Baruta, Paisana, Chacao y tantos otros nombres de caciques que se lanzaban a las batallas a pecho desnudo y hacían temblar al enemigo conquistador. Todos repetían las historias de masacres de los caribes, que sorprendían a cualquiera en el medio de la noche, sin que nadie los oyera llegar. Los gritos para llamar al combate, que parecían el graznido de pájaros asesinos, rebotaban entre los valles y viajaban con el viento. Un viento aterrador.

Ser español en ese momento, en esos lugares, era una mala noticia. Excepto aquí, en este pueblo. Aquí nos tocó Naiguatá: un cacique pacífico que destacaba entre sus pares porque idolatraba a las gaviotas. Las consideraba seres de extraordinarias virtudes y era, incluso, capaz de comunicarse con ellas. O al menos de eso estaba convencido.

Vamos a entrar en contexto para entender de qué se trataba. En esta planicie, al borde de la montaña y sobre el mar, la tribu vivía de la abundante pesca de sus costas y la generosa cosecha de sus tierras. Su convivencia era tan pacífica que las mujeres y los hombres dormían en bohíos separados y cada

uno se dedicaba a lo suyo. No pasaban frío, porque no hay inviernos; tampoco pasaban hambre porque estaban justo entre la montaña y el mar, entre ríos de agua buena y tierra fuerte. Verde por donde pudiera verse y azul hasta donde se perdía el horizonte. De lo que pudiera resolverse en esta vida se encargaba el piache de la tribu, que curaba todo con sus hierbas y conjuros; de todo lo demás no había entonces que preocuparse.

Podemos deducir que el jefe Naiguatá, sus gaviotas y su tribu eran plenamente felices cuando desembarcó el capitán García González de Silva y su tropa, en algún punto después de 1557. Naiguatá no desconfió de los españoles, pensó que eran enviados de su primo, así que bajó las armas y les dejó quedarse. Era un indígena que ya había fraternizado con el conquistador, no esperaba nada malo, solo seguir con su vida en paz. El asunto se complicó cuando uno de los soldados, por razones que nunca quedaron claras, disparó a una gaviota y el cacique, ciego por la furia, decidió castigarlo con nada menos que la muerte. Atacar a un animal sagrado tenía que llevar una respuesta implacable.

Sin embargo, al momento en que lo iban a ejecutar, una parvada de gaviotas comenzó a volar en círculos sobre su cabeza y al jefe le tembló el pulso. Una duda que cambió la historia irremediablemente. Detuvo inmediatamente a los verdugos: sus aves sabias le habían hablado. Las gaviotas querían que la vida del español fuera perdonada. Y así se hizo, según la voluntad del piadoso Naiguatá.

Menos de diez años más tarde, los españoles penetraron fácilmente por esta línea de la costa. Sorprendieron a la resistencia de las otras tribus, acabaron con los caciques más rebeldes de la zona central y fundaron Santiago de León de Caracas en 1567. La conquista del español se hizo a metal y a fuego, y los bohíos comenzaron a desaparecer, borrados por nuevos jefes y nuevas lenguas. Todo cambió a partir de entonces.

Al año siguiente, en 1568, Naiguatá se retiró con su familia a lo alto del Waraira Repano. Se fundió en la montaña enorme que por tantos siglos les dio de comer y de beber, antes de saber que los españoles le cambiarían el nombre por El Ávila, y no se supo más de él y nadie jamás volvió a preguntar. No quiso unirse al enemigo, tampoco se quedó a ver la vergüenza en los ojos de su gente, así que decidió desaparecer, lejos de su tierra y sus congéneres. No murió

luchando como otros caciques, solo se fue. Las encomiendas se apropiaron de las tierras de la tribu y a los indígenas que quedaron allí los tomaron como esclavos.

Y si la historia es para aprender, entonces ¿qué podemos aprender de esta historia? Que las gaviotas también se equivocan, no escuchen todo lo que dicen.

Naiguatá me recuerda mucho a una novia que tuve en el liceo. Tenía esa peligrosa combinación entre decepción y deseo culposo, porque no la quería, pero tampoco la podía dejar. Era obvio que ella estaba más interesada que yo: me hacía regalos, me escribía canciones, me compraba el miche y me dejaba hacer cosas con ella que no se dejaban las demás. Hasta el día en que, sin motivo, me dijo que ya no quería estar conmigo. Y me dejó así, llorando el amor que nunca le tuve.

Llegué al pueblo por primera vez a lo mío. Había oído hablar mucho de este sitio, no podría recordar exactamente por qué. Pero si estaba allí, era porque todo el mundo en el Litoral Central siempre prefería ir a Naiguatá para alguna cosa. No sé cómo podía dar para tanto, porque es un pueblo pequeño, más bien arrinconado entre un río flaco que lleva su nombre, la montaña que casi se lanza al mar y la Carretera de la Costa, por ambos costados, que obliga a atravesar el pueblo por su centro, porque no hay otra vía.

Después de Playa Azul y Puerto Azul, dos clubes vacacionales de gente con mucho billete, el pueblo comienza desde el puente que se levanta sobre el río. Allí se puede ver que Naiguatá es uno solo, pero en realidad está partido en distintas lomas, que nacen desde el mar y se encaraman hasta un punto medio de la montaña, unos metros más arriba de la falda. Caminé sus calles bus-

cando la plaza principal que hay en todos los pueblos y encontré un mercado escandaloso y desordenado. Esquivé cestas llenas de guanábanas, piñas, nísperos, cambures, mandarinas y lechosas que se vendían en puestos de techos de plástico, y unas mujeres me sacudieron la cabeza cantando los precios a todo gañote. Esa era la Plaza del Indio, con el busto del cacique Naiguatá muy serio y llevando sol. Era difícil caminar porque a esa hora, entrada la mañana, comenzaban también a apiñarse los vendedores de pescado y abrían sus cavas de anime entre los demás toldos. Había pargos rojos y gordos, un pez espada cortado en ruedas, los tajalíes y las macarelas plateadas, con cara de susto, sobre montañas de hielo que se desmayaban rápidamente haciendo charcos por todas partes. Me acerqué a un señor que espantaba las moscas con un pañuelo y me dio la primera lección de supervivencia.

—No, amigo, aquí no hay jefe civil.

—¿No está o no existe?

—No existe.

—¿Seguro?

Se ve que desperté la curiosidad del vendedor, porque llamó a gritos a una vieja que vendía conservas de coco en una bandeja varios metros más allá. Esta lo confirmó: no existe ni ha existido.

—Si ella lo dice es que es así, jefe.

—¿Y dónde me pueden hacer una constancia?

—En la iglesia, como todo lo demás.

Me dio un par de instrucciones y salí del pegoste de frutas, pescados y biquinis hacia Pueblo Abajo que, como su nombre anticipa, es la parte más cercana a la playa. Sus casas son antiguas, por una parte, mal mantenidas por otra y en algunas ocasiones con la obra a medias. En general es como si hubieran quedado en el olvido desde aquellos temporadistas de los años cuarenta y cincuenta, cuando este era un balneario de mucha categoría. Esta es la parte del pueblo más fresca porque tiene las sombras de los mangos, almendrones, hicacos y pomarrosas. En algunos jardines los troncos retacos de limoneros y naranjos se retuercen entre las

rejas, y mucha gente se sienta en los portales a recibir la brisa que llega desde el mar mientras esperan la hora de almorzar. Siguiendo las señas, justo en una esquina, encontré la Iglesia de Nuestra Señora de la Soledad. Era una casa de forma extraña, con portal blanco y con una cruz muy modesta. Allí me esperaba otro obstáculo, esta vez en forma de una sesentona flaca y con lentes gruesos de pasta. Que el padre estaba en la playa, que no volvía después del almuerzo.

—La playa está allí —insinué—, apenas cruzando la calle.

—Sí, pero el padre no despacha desde la playa —la mujer que daba los recados no soltaba dato—. De todas formas, ¿para qué lo buscaba?

—Necesito una constancia de residencia.

—¿Para qué?

—Para el banco.

—¿Qué banco?

Dudé si merecía la pena seguir la conversación.

—Banco de Venezuela.

—Ah. Entonces tiene que subir y esperar al padre. Eso es en la Iglesia San Francisco de Asís, en Pueblo Arriba.

Creí que era un chiste, pero no. Cortésmente me cerró la puerta de la sacristía y me encontré otra vez en la calle. Mientras volvía sobre mis pasos me preguntaba si hubiera respondido que me lo pedía otro banco ¿me hubiera hecho la constancia esa iglesia y no la otra? Otra vez en la avenida principal, recorrí un buen trecho buscando alguna señalización, cualquier cartel, pero nada. En cambio, conté no menos de doce licorerías en un tramo de apenas tres cuadras. Las gentes de Naiguatá vaciaban una cerveza helada tras otra en pleno mediodía, hablaban entre ellos tomando directamente de la lata, apretándose como podían para descansar todos sobre el mostrador. No se daban la mala vida que me daba yo.

Volví a preguntar direcciones y me señalaron una subida imposible, casi vertical. Era más bien un balcón que hubiera resultado de un machetazo y que hacía un nuevo nivel en el pueblo, un se-

gundo piso. Tapizando este corte violento se montaban unas casas estrechas de bloques, la mayoría sin pintar y otras pintadas solo la puerta, o solo una pared. Entre ellas sobresalía una pequeña torre, bien arriba, un campanario color oro que contra el sol de mediodía formaba un reflejo fuerte como una estrella sobre el pueblo. Ese sol castigaba las calles, las piedras que se desprendían del asfalto negro, los techos de zinc, mi cabeza y mi espalda. Sudaba ríos y mis brazos se pusieron muy rojos.

Cuando vi las escaleras empinadas que me llevarían a Pueblo Arriba estuve a punto de mandar todo al carajo. De bajada pasaron un par de morenitas que venían riéndose entre ellas —o de mí— mientras mecían de un lado al otro en compás unos culos grandes, fajados en los pantalones. Fue siguiendo esta imagen que noté que sí, había un ritmo que se escuchaba por todo el pueblo, y que ahora, justo al pie de esa escalera, crecía en su poder. Me estaba acercando hacia él, eran tambores rebotando en golpe lento. Lento, pegajoso y culebrero.

Llegué al final y descubrí otra placita protegida por grandes árboles que la cubrían entera. Enfrente se veía una casita estrecha de adoquines, de una sola nave, pero con su campanario, allí sí bien señalizada para anunciar que era la Iglesia de San Francisco de Asís. El viento cruzaba la plaza por las cuatro entradas que llegaban a ella y, con la música, me dejé caer un poco. Pensé que Naiguatá era un lugar perfecto para no hacer nada. También se me ocurrió que este debía ser un lugar increíble para una siesta, pero no podía darme ese lujo.

Me senté frente a los músicos, un par de niños con bigote que practicaban con cajones bajo las piernas. Al cabo de un rato ya había recuperado el aliento y di algunos pasos, más para matar tiempo mientras llegaba el párroco que por verdadero interés. Adosado a la iglesia había un colegio de monjas, de tamaño considerable, llamado Nuestra Señora de Coromoto, del que salieron más muchachas como las anteriores que corrieron hasta rodear los tambores. Yo me alejé de la gente y me acerqué a una baranda, una

especie de pequeño mirador que había quedado entre los techos. Hacia abajo me jalaba un barranco de unos buenos quince metros, pero hacia el frente encontré la escena que me arrugó el pecho, me enamoró como cabrito loco. Podía ver sobre las casas, el cementerio, el campo de béisbol y los cocoteros y entonces el mar se abría completo y podía sentir como me llenaba las pupilas, realmente enorme, mostrando que si quisiera podría tragárselo todo. El mar aún no había dejado de sorprenderme, porque cada vez que lo veía me hacía sentir muy pequeño.

Un ruido de agua me sacó del éxtasis y me asusté al encontrar a un enorme viejo en interiores sobre un peldaño de cemento, bañándose con una manguera que estaba pegada a una toma de agua en la pared trasera del colegio. Era un hombre blanco, grande, con la calva manchada en la coronilla y gordo. Las carnes le caían por todos lados y estaba cubierto de pelos y canas, muchas canas. Vi cómo se pasó una pastilla de jabón azul por todos los sitios convenientes, y se remojó con gusto, derramando un buen rato el agua fresca que salía de la manguera sobre la espalda, por las ingles, otro rato en el pecho y sobre la cabeza con cara de placer, abriendo la boca para calmar la sed en el mismo movimiento.

Al principio lo vi con desagrado, luego con franca envidia. De pronto el hombre cerró la manguera y me sorprendió mirándolo, pero no se avergonzó. Al contrario, así, con la ropa interior mojada y pegada a las bolas me sonrió feliz como lo haría un niño y me preguntó a voces qué buscaba. Le respondí que necesitaba una constancia y él me hizo unas señas que no entendí.

Acto seguido se envolvió en una toalla y se vistió en pocos pasos, como un profesional, primero pantalón y camisa, luego medias y zapatos y, por último, sobre todo esto, una sotana blanca que desdobló con cuidado. Sin darme tiempo a reaccionar, en dos pasos llegó hasta mí y me estrechó la mano.

—Soy el Padre Anselmo. Mucho gusto, hijo.

Se diría que Dámaso llevaba toda la vida conduciendo un autobús. No porque lo hiciera con buena maña o conociera los caminos con maestría. De hecho, al salir de su casa lo hizo como si tal cosa y no quiso ni voltearse a ver a Belén, que lo siguió temerosa con el desayuno en una bolsa, tratando de imprimirle ánimo. Hubiera querido posponer este momento también hoy. Llevaba semanas sembrado en su cama con cualquier excusa, así que hizo de tripas corazón y se dijo: ahora o nunca. Pero cuando salió por la puerta, se arrepintió de no haber decidido que nunca.

La lluvia le recordó su desventura. En el barrio San Antonio soplaba mucha brisa y ya caían las primeras gotas, que no eran más que la prolongación del aguacero que los acorraló durante esa noche y varias noches anteriores en el pueblo de Naiguatá. Instintivamente volteó hacia el este, pero no vio sobre el campanario de la iglesia el anuncio del sol tratando de emerger. En su lugar estaba la ristra de luz blanquecina que comenzaba a asomar, amortiguada por una gruesa cama de nubes.

—Hoy tampoco escampa.

Belén no había terminado de pronunciar esas palabras cuando ya estaba arrepentida. Su marido no estaba de humor para observaciones obvias. Ni para ninguna otra cosa.

Dámaso midió la madrugada húmeda, se cerró la chaqueta y se ajustó la capucha de plástico sobre la cabeza. Recibió la arepa que le preparó su mujer de mala gana y se alejó con grandes zancadas y las manos en los bolsillos. Caminaba con la cabeza gacha y jugando con las llaves del autobús en la mano, sin ningún entusiasmo en este, su primer día al volante de Maíta. En las calles de adentro del barrio todavía era noche cerrada. Con la lluvia se mecían las

sombras que nacían de las luces amarillas en los postes de luz, pero al girar en la esquina no pudo dejar de voltear hacia el horizonte, sobre el puente. Aún con las nubes echando chispas, ya empezaba a clarear un poco sobre el mar, pero con un resplandor indeciso. Era un amanecer derrotado, como todos los que había traído este noviembre de mierda, pensó, y sin quererlo ya estaba frente a la mentada Maíta, el enclenque microbús que había comprado su cuñado con las prestaciones y que ya traía su nombre de matrona gorda en una enorme calcomanía descolorida a lo largo del vidrio trasero.

Cuántas veces le había propuesto Erasmo que lo ayudara a manejar a Maíta, que se podía sacar buena plata de allí. Pero él le cambiaba el tema, lo dejaba con la palabra en la boca cada vez. Dámaso sentía náuseas de pensar en que pasaría sus días dando vueltas como un trompo por los sinuosos caminos del Litoral Central. De Naguayá a Camurí, de Camurí a Anare, de Anare a Los Caracas, de Los Caracas a La Sabana y así, dándose rodillazos con el cloche y esquivando huecos y aceras. O peor, hacia el otro lado, saliendo de Naguayá al Tigrillo, con paradas en Carmen de Uria, Tanaguarena, Caraballeda, Macuto y al final el populoso Puerto de La Guaira, tan lleno de gente que iba a la capital o volvía de regreso. Ese era un mundo que no era suyo, con tantas cosas que no entendía para qué servían ni quién las había inventado, o con qué intención. Al final siempre concluía lo mismo: las personas de tierra firme complicaban todo lo que en verdad era muy simple. Por eso nunca había querido ayudar a su cuñado con el autobús hasta ese día.

Dio la vuelta al arranque de Maíta y revisó a su alrededor a ver de qué se trataba esto. La palanca de cambios era un tubo largo y torcido, con una pelota de tenis desteñida y cortada que empotraron sobre el extremo superior a modo de agarre. Calibró su asiento, que no estaba tan mal, con una almohadita vieja y una esterilla de bambú. En el copiloto, en cambio, estaba una silla giratoria que alguien sacó de algún despacho y encajó allí sin mucha destreza. Pasó revista a los asientos de pasajeros: roídos unos, manchados

otros y alguno exhibiendo heridas de guerra, con las entrañas de goma afuera y los alambres saltones. Ajustó los espejos retrovisores y activó el limpiaparabrisas, todo estaba listo para empezar de una vez con el purgatorio.

Bajó por la Calle del Río, que ya cantaba porque había crecido. El barrio San Antonio era un costillar de trece calles perpendiculares que bordeaban el pequeño cerro que sostiene Pueblo Arriba y la Iglesia de San Francisco de Asís. Las dos calles paralelas que hacen de columna vertebral comienzan en la entrada del pueblo y llegan hasta las faldas de El Ávila, la gran montaña que separa al Litoral Central de Caracas. Forzó el autobús por los vericuetos difíciles para llegar a la avenida principal del pueblo en un solo intento; no porque supiera bien lo que hacía y tuviera medido al pelo el volumen del vehículo, sino porque le importaban muy poco los carajazos que dejaba registrados en el latón. La carrocería, originalmente verde limón, ya tenía lagos grandes de quemaduras de sol y, con ese color deslustrado, recordaba a una gigantesca pieza sanitaria. Bajó chillando los frenos y se detuvo en la esquina, apagó las luces y limpió distraído el salitre del parabrisas mientras revisaba el entorno. Tenía la Plaza del Indio de frente y podía verla, pero aún estaba oculto en la oscuridad entre la panadería y un poste de luz dañado. Era un buen sitio para ver sin ser visto, y Dámaso se agazapó en el asiento esperando su momento de aparecer.

La pequeña plaza y el mercado, en plena avenida principal, eran paso habitual para que los de Pueblo Abajo llegaran a la parada de autobuses, calados entre paraguas, capuchas o apenas protegiéndose el peinado con un periódico. La lluvia tecleaba las calles y por todo sobresalto se escuchaba el paso, que a esa hora aún era prematuro, de los autobuses al caer en los huecos del asfalto. Ya las unidades que iban a Caracas comenzaban a salir y empezaban a llegar las de otras rutas. Sin ganas de seguir mojándose, las personas trataban de detener a los autobuses desde la plaza para no tener que caminar hasta la parada, pero estos pasaban derecho, respetando el orden de llegada. Los chóferes son muy vengativos

y el protocolo entre ellos se cumple, casi siempre. Dámaso quería recoger a estos rezagados antes de que llegaran a la salida del pueblo, donde se hacían largas colas para el transporte. Pero no era aún el momento de aparecer en escena, porque seguían llegando autobuses y cualquiera lo sorprendería en pleno abordaje. Estaba inmerso en este debate interno, cuando alguien tocó su ventana y le hizo saltar del susto.

Abrió el vidrio empañado y comprobó que era un viejo delgado y con ojos saltones, con una barba cana y escasa y un ridículo sombrero llanero, que resultaba demasiado voluminoso para su cuerpo. Tenía puesta una guayabera de tela muy gastada, pantalones cortos y cholas de playa. Llevaba los brazos cruzados y las manos buscando calor en las axilas, evidenciando que no estaba preparado para la lluvia. Dámaso pensó que era un indigente o un loco, pero el sobresalto no le permitió rechazarlo inmediatamente. Además, hizo un ademán de saludo con el sombrero que lo dejó desarmado.

—Buenos días, caballero, me disculpa: ¿va hasta Macuto?

No lo había decidido hasta entonces pero el viejo interpretó su duda como un sí. Y en menos de un parpadeo tenía montado al loco en la butaca de copiloto, con una perorata que circulaba alrededor del tiempo que no amainaba y su sombrero, que estaba hecho de genuina palma moriche, que como todo el mundo sabía era una artesanía muy fina, que si tocaba agua de lluvia se destruiría sin remedio. Dámaso quiso responder que para qué quería un sombrero que no podía protegerlo a él, sino que más bien era él quien tenía que proteger al sombrero, pero sus pensamientos fueron interrumpidos por una declamación inesperada.

—*No viene de abajo el río
ni se apura a la lechosa,
el primero porque no puede
y la segunda por rencorosa.*

E inmediatamente comenzó a cantar una tonada ininteligible, sobre la que insistía, aunque no se supiera la letra. El viejo tenía las piernas cruzadas y los pies, desnudos ahora, descansando irres-

petuosamente sobre el tablero del autobús. Se veía limpio, pero despedía un fuerte olor a aguardiente. Entonces Dámaso midió las consecuencias y decidió no hacerle un desplante a su primer cliente, además tenía que concentrarse en vigilar la plaza a la espera de que los autobuses dejaran de llegar. Al cabo de unos minutos, el personaje terminó de cantar y pareció despabilarse.

—Dispense, jefe, ¿cuándo salimos?

—Hay que esperar un poquito —improvisó Dámaso, sin ningún proyecto de respuesta en mente.

El hombre se incorporó en su asiento y abrió su campo visual desempañando el vidrio con un puño, para intentar ver lo mismo que veía Dámaso. Pasó un largo minuto y se veían los pasajeros deteniendo a los numerosos autobuses que los recogían. Eran cada vez más, y algunos ya empezaban a hacer cola por las unidades que los llevaban directo a la capital. Dámaso se puso nervioso porque no sabía cómo explicar que no saliera a recoger clientes empapados a la espera de un próximo autobús, pero el anciano se conmovió y lo sacó de su agonía.

—Jefecito, discúlpeme si me propaso. ¿No se le ha ocurrido dar una vuelta por la parte de arriba del Barrio San Antonio? Con esta lluvia debe haber un gentío tratando de bajar a la avenida.

Allí tuvo el primer indicio de que no estaba tan loco. La idea era muy buena y, como Maíta era más pequeña, podía cruzar por las vías estrechas y subir a lo largo de la Calle del Río, hasta arriba, hasta las calles doce, trece y hasta las casas de la compañía de Electricidad, en la entrada de la montaña. Encendió el motor y ya no tenía que prender las luces, porque estaba bastante claro. Con el mayor sigilo retrocedió y comenzó a bordear los artríticos callejones para subir al barrio. No se le había ocurrido preguntarle al señor si tenía alguna prisa o si, en cambio, no tenía reparo en gastar otra media hora en dar vueltas buscando otros pasajeros. Últimamente Dámaso había perdido sus maneras, y si no le importaba nada de lo que pasaba a su alrededor, menos aún la opinión de un garabato de licorería que balbuceaba canciones de Oscar de León.

—¿Tiene un cigarrito, jefe? —Dámaso le alcanzó una caja ma-
gullada y un encendedor. Prendió la llama, sacó una nube espesa y
por todo agradecimiento lo señaló con un dedo—. No le dé pena
no tener el permiso de la cooperativa, esos son unos coños de ma-
dre y me perdona el francés.

Sorprendido *in fraganti*, primero pensó en mentir pero desistió
al leer la inteligencia en sus ojos.

—El autobús es de mi cuñado. Hoy es primera vez que lo ma-
nejo. Él me lo prestó, pero no he podido pagar la cuota de la coo-
perativa. Piden treinta millones.

—¿Ya treinta millones? Me disculpa el enojo, me disculpa. Mire,
esa cooperativa es de Fausto, el portugués. Pero el que manda y le
roba todos los reales es el saltón ese de Asdrúbal, yo por eso me
alejé de esas amistades. Antes permitía que cualquiera me hablara,
pero qué va, un caballero debe decidir a quién trata. Ese animal y
me disculpa, me disculpa otra vez, tiene una mafia con los auto-
buses. Un cogollito de pendejos que le pasan platica mensual, esos
son los que tienen permiso sellado para subir hasta Caracas. A los
demás los deja rodando entre Naiguatá y el Puerto de La Guaira.
Y a los que lo sapean los deja pudriéndose en la ruta de Naiguatá a
La Sabana, que solo ven ganancia los fines de semana. Me disculpa
la franqueza, jefe. Yo soy un hombre humilde pero no un cobarde.

Era viejo y delgado, pero se veía fuerte y movía mucho los bra-
zos al hablar, a todo le daba un aire de grandilocuencia, como un
orador experto, haciendo énfasis en las palabras difíciles. Ya Dá-
maso lo había visto en alguna parte, quizás por los botiquines de
Pueblo Abajo, sobre todo en las fiestas. Era de los decimistas que
se inflamaban en rimas con los velorios de Cruz de Mayo. En algún
momento, entre toda su charla, le preguntó cómo había parado allí.
Dámaso acarició instintivamente la pelota de tenis en la palanca y
dio un débil acelerón. Si no le hubiera dicho que era su primer día
no hubiera podido adivinarlo. Se diría que había conducido un au-
tobús durante toda su vida por el profundo hastío con que lo hacía
y la rabia que imprimía a cada cambio de velocidad.

—Yo soy pescador, pero perdí mi peñero hace ya más de un mes.

Esa fue la primera vez que lo dijo en voz alta y se le quemaron las vísceras cuando se escuchó a sí mismo. Un pescador sin barco es un hombre incompleto. O peor aún, porque estar incompleto tiene un asomo de esperanza, de una tarea aún en progreso, de un próximo final feliz. Un pescador sin barco es un hombre mutilado, es un caído en desgracia. Un eunuco. Es un ser que conoció a Dios, que lo vio a los ojos, pero que luego fue arrojado a las tinieblas con desprecio. Al purgatorio de los que caminan con dos patas y deben inventar trabajos, entre el polvo y las palabras —palabras y más palabras— para llevar de comer a su casa. Dios creó al mar, las olas, los calamares y los carites plateados, y luego al hombre para que se alimentara de ellos. Todo lo demás es complicado y no lo creó Dios.

—Me disculpa, jefe. Cuánto lo siento —suspiró sincero el borrachito.

Quedó flotando su dolor en un silencio dulce, en el que ambos extraños pudieron entenderse y respirar, resignados, la misma tragedia.

Ese instante pareció muy largo, pero en realidad fue muy breve, porque de un solo jalón habían cruzado el barrio y llegado al pie del Ávila para empezar la cacería de pasajeros. Aún estaban los faros encendidos en las calles y el cielo comenzaba a iluminarse. Pero la lluvia arreció y, como traída por un conjuro, apareció una primera sombra correteando en la esquina de la calle siete. Dámaso arrancó el carro y lo siguió, lentito, a paso de depredador. Al loco pareció divertirle la situación y dejó su monólogo por un momento. Al alcanzarlo le gritó:

—¿A dónde lo llevamos, jefecito?

—A La Guaira, al casco —vociferó mientras sostenía una bolsa plástica sobre la cabeza.

Así subió el segundo cliente, que una vez adentro y exprimiéndose la camisa les planteó una segunda encrucijada.

—¿A cuánto el pasaje a La Guaira? ¿Cinco?

Dámaso dijo que sí, pero había que afinar ese importante detalle, porque cada destino sería un precio que tampoco se había molestado en averiguar antes de ese día. Se presentó entonces el copiloto, con toda su ceremonia, y dijo que su nombre era Severino Pérez, maestro decimista, poeta y cultor.

Saliendo de la calle cinco encontraron a una mujer cubierta por un mantón y también la montaron en el transporte. El artista descubrió que estaba embarazada y le compuso una décima que enaltecía la belleza de las madres de Naiguatá. Luego comenzó a ensayar un método que, aseguró, era ancestral e infalible para saber el sexo de la criatura. Los saltos y comedias del copiloto tenían a Dámaso en angustioso estado de alerta y pensaba que podía salir con cualquier cosa, desde tocarle la barrigota a la señora hasta hacerse pipí, del poeta saltaban las reacciones más inesperadas. Pero comenzó a relajarse un poco al ver que todos celebraban sus ocurrencias y se concentró en encontrar más pasajeros.

Decidió que, por ser el primer día, cobraría cinco a todos por salir de Naiguatá y emprendió camino fuera del pueblo. Pasó Puerto Azul, Playa Azul y la urbanización Longa España. Se enfiló en la recta hacia El Tigrillo y en cuanto sus ojos entraron en contacto con el horizonte sobre mar abierto, volvieron sus recuerdos y con ellos el mal estómago. Ese día gris que flotaba en su mente empezó con temporal de ráfagas crueles, el mar estaba picado, indómito, y tenía el color revuelto, indefinido. La playa de los pescadores, en Naiguatá, casi siempre mansa y color esmeralda, parecía una media luna tocada por un relámpago. Volvió de buscar carnada con las manos vacías, preocupado porque el mal tiempo lo había mantenido sin ganancias toda la semana. Hay que volver a tierra, amarra el barco y saca tus cosas que esto está feo, le dijeron. Y él mismo se asustó, porque veía el techo de latón, en lo alto de la Torre del Reloj, convulsionar furiosamente con el viento.

Pero ya eran ocho días sin pesca, con el cielo atravesado por latigazos eléctricos y muy mala mar. Y el pobre de Tiza que siempre